

EXCURSION A LA GRUTA DE CACAHUAMILPA

El 8 de Diciembre de 1909 verificamos, según el programa anual de la Sociedad Geológica Mexicana, una excursión á la Gruta de Cacahuamilpa, siendo el Jefe de ella el Ing. D. Teodoro Flores, quien, anticipadamente, arregló todo aquí y fué al pueblo para alistar el alojamiento.

A las 2 h. 10 m. p. m. llegamos á Puente de Ixtla encontrándonos al Sr. Flores, quien nos proporcionó caballos para hacer la caminata hasta el pueblo á donde llegamos á las 8 h. 30 m. p. m.

Una buena parte del camino la anduvimos á oscuras casi, pero los guías nos fueron indicando el camino llevando hachones de brea que, aunque insuficientes, bastaron para no sufrir ni tropiezos ni caídas, principalmente al ascender la cuesta de Sta. Teresa que es pedregosa y de fuerte pendiente.

Unos arcos rústicos y una banda-murga, del pueblo, nos indicó que estábamos próximos á rendir nuestra jornada de unos 35 á 40 km. aproximadamente.

Efectivamente, poco tiempo después de este encuentro, descendimos por un camino estrecho, de pendiente fuerte y curvado y entramos á una plaza cuyos lados los cierra una iglesia al Oriente, una casa con su portal al frente, al Norte una montaña, no muy elevada, y al Sur una calle ó camino de bajada.

Allí fuimos recibidos por el Jefe Político de Taxco, quien venía en representación del Gobernador Sr. Damián Flores, y quien nos atendió con demasiada finura.

Nuestras camas de campaña fueron colocadas en un salón amplio y el comedor en otro, también amplio. La mesa estaba bien arreglada y se iluminaba el comedor con luz de acetileno.

Cenamos y descansamos hasta el siguiente día que nos levantamos temprano para descender á la gruta que dista 1½ km. del pueblo; este camino lo hicimos á caballo pues es también un poco difícil.

Serían las 9 h. a. m. cuando, con el mayor entusiasmo, nos províamos de luces y preparábamos las lámparas de acetileno para hacer la peregrinación al interior de la Gruta.

Estábamos en el primer salón á donde se baja por una rampa cómoda.

La maravillosa obra de la naturaleza tenía pendientes nuestros espíritus para esperar emociones y fatigas, y ya las miradas de todos iban y venían curiosiando las enormes rocas que, pendientes sobre nuestras cabezas, forman la natural bóveda de aquel antro en donde se esconden tantos caprichos naturales.

Una comitiva de más de cien personas formaba la procesión que, poco á poco, se iba desfumando en la obscuridad.

Los términos de la perspectiva, que van huyendo de la luz, se van azulando gradualmente hasta desaparecer en el fondo obscuro en donde se pier-

den los contornos caprichosos de monumentos, fantasmas, cortinajes, torres y hasta palmas elevadas, todo remedado y definido sin gran trabajo de imaginación.

Allí se encuentran revelados cataclismos; unas veces en amontonamientos de rocas lisas y angulosas que hacen dificultosa la marcha, otras, en derrumbes de grandes estalagmitas que, por su tamaño en altura, han cedido al bamboleo de los sacudimientos sísmicos y se han acostado, reclinándose unas en las otras, para seguir tranquilas pasando aquella noche eterna en la cual sólo brilla su ciclo y sus ropajes por la curiosidad de los excursionistas.

Los grandes candiles, suspendidos en las bóvedas, siguen apagados y lo mismo, sus reflejantes cristales, sólo brillan cuando un haz de rayos de acetileno, de magnesio ó de fanales, van á herirlos después de quebrarse entre las arrugas de los cortinajes matizados de lentejuela de cristal.

A cada paso, durante la marcha, tal parece que seres misteriosos de todos tamaños, formas y edades, se agrupan asomando sus cabezas para ver con curiosidad á quienes penetran á visitarlos durante esa vida que pasan en las tinieblas y el silencio más imponente.

La fantasía hace gozar con aquellas bellezas desconocidas y el espíritu sufre al contemplarlas quietas y mudas sin ecos ni recuerdos.

El goterío, que en algunos lugares se escucha, debido á las filtraciones, parecen palpitaciones de seres que van terminando una vida que se queda sepultada dentro un ser que, convertido en estatua, queda allí perenne llorando sin esperanzas de sol ni de brisas.

Hay un salón que parece dedicado á la oración, es el del monje, cuya figura amortajada se reclina sobre una gran estalagmita, hincado, con los codos apoyados y los brazos extendidos, se entrega á la oración, declinando la cabeza cubierta por el capuchón.

Figuras como la anterior, se distribuyen en todo el espacio que convencionalmente se llama salón, pero todas, remedan más ó menos, un cortejo de religiosos que han abandonado al mundo y renunciado á sus goces.

“El salón de los órganos,” podríamos llamarle el campanario; allí las estalactitas descienden formando tabiques de dimensiones transversales desiguales, lo que hace que, golpeando sobre ellos, produzcan sonidos distintos, poco tiempo vibrantes y que se apagan luego como la música funeraria.

El “Panteón” es otro de los salones en donde la imaginación contempla monumentos sepulcrales y dan ganas de intrincarse en busca de placas conmemorativas de nuestros antepasados, la de Don Juan Tenorio y la de D^a Inés; su arquitectura es severa é imponente y todo obliga á una respetuosa contemplación.

No sé por qué la naturaleza obscura, permítaseme la frase, liga todo lo que existe y pasa en la sombra con las ideas religiosas; quizá de esto proviene el que la mayor parte de aquellos caprichos naturales hayan sido simulados, tan atinadamente, con asuntos que tan fúnebremente impresionan el espíritu de cuantos visitan aquella soberbia gruta.

El salón del trono, se llama así, por una estalagmita que se recarga sobre la pared izquierda del salón, cuyos cortinajes finos y corrugados,

pendientes de un caprichoso plafón, caen sobre una pequeña escalinata y forma un bellissimo dosel.

Este, tiene poca tintura que colore la cristalización, y por esto, permite que su brillo sea como de esa tela salpicada finamente de plata que nuestras distinguidas damas lucen en los bailes de los grandes salones.

Allí, colocados convenientemente, se tomó una fotografía por los Sres. Baz y Dresch, lo mismo que de otros salones cuya belleza llamó nuestra atención.

Llegamos, después de algunas fatigas físicas, á un salón que llaman de la Emperatriz, porque en el año de 1864, hizo esta Señora una visita á la gruta y allí descansó para regresar; entretanto, algún atento caballero que formó parte de la expedición, inscribió sobre una de las estalagmitas su nombre (el de la desdichada Emperatriz). Tuvimos nosotros la ocurrencia de hacer lo mismo, dejando escrita la fecha en que tuvimos la satisfacción de contemplar esa gruta, indescriptible por su belleza natural, y la magnitud de todo lo que el tiempo ha elaborado al través de muchos cientos de años, ayudado por una sola fuerza, la gravedad, que se ha encargado de suspender, de las bóvedas, la admirable decoración de aquellos salones y ha desplantado, sobre soberbios pedestales, figuras tan caprichosas como la del Monje.

Hasta aquí nuestra curiosidad va limitada á cuanto se presentaba á nuestro paso, pero sorprendíamos, constantemente, la suspensión de aquella interminable bóveda baja aquí, y elevada allá, remedando en otro lugar grandes cúpulas vistas por debajo.

Sus dimensiones varían mucho sin pasar los límites de 30 á 80 metros, las más bajas y las más altas.

Es una exageración suponer que cohetes de luz no llegan á tocar las bóvedas, pues estamos seguros de haber contemplado hasta las más elevadas; es cierto que la luz, tan bien preparada, nos proporcionó la manera de lograr el haber visto cuanto deseamos.

El regreso lo hicimos, después de visitar dos salones más allá del de la Emperatriz, y al llegar al de la Aurora, nos detuvimos para contemplar un bellissimo crepúsculo azul, originado por los últimos rayos de luz que fatigosamente se van quebrando reflejados hasta este salón.

Para poder ver este espectáculo tan poético, apagamos todas las luces, y así pudimos contemplar esa luz tan pálida y de color tan sorprendente.

Seguimos nuestra marcha, y después de la noche tan obscura, de cuatro horas que habíamos tenido, nos fué amaneciendo, la luz iba cambiando del azul al rojizo y en otra hora el sol que, para nosotros se había ocultado, bañaba con sus rayos tibios y blancos, del medio día, nuestro comedor á la entrada de la sorprendente gruta.

Allí terminó la fatiga y nos sentamos á comer alimentos sanos y calientes sabrosamente condimentados.

El Jefe Político, á la cabecera, nos ofreció aquel banquete en nombre del Sr. Gobernador de Guerrero.

El Sr. Ing. Teodoro Flores, contestó su brindis dando las gracias á

nombre de la expedición, y en frases correctamente expuestas, nos hizo una descripción científico-geológica de la gruta.

El Lic. Estrada, de Taxco, que fué una de las personas que llegaron para hacer en nuestra compañía la visita á la gruta, tomó en seguida la palabra, y, en un discurso chispeante, expuso motivos bastantes proponiendo que el salón, que hasta ese momento se llamó de la Emperatriz, se llamara "Salón Nacional" pues consideraba, aquel pequeñísimo lugar de nuestro suelo mexicano, solamente como depositario de un recuerdo que evocaba otros muchos, tristes, para la rama de los Habsburgo.

El Lic. de Alba se opuso á esta proposición aduciendo, á su vez, motivos para no quitar aquel nombre y puesto á votación, por mayoría, se acordó levantar una acta, en que constara que, en presencia del Jefe Político de Taxco, D. Gregorio A. Avalos, se había acordado lo propuesto por el Lic. Estrada.

Hablaron después otras personas, entre ellas un extranjero, cuyos conceptos, para México y su Gobierno, fueron altamente honrosos.

Después de la comida, en la cual reinó la más franca cordialidad, la mayor parte de los excursionistas emprendieron la marcha hacia "Las Bocas."

Este lugar ofrece al turista otro espectáculo digno de ser visitado.

Cortada la montaña á pico, se presentan dos grandes arcos que dan entrada á unas extensas galerías, con bóvedas, en forma de cañón, perdiéndose poco á poco en la obscuridad.

Por estas Bocas salen las aguas de los ríos que parece atraviesan interiormente la gruta.

Aquello hace una perspectiva muy agradable, á la vez que majestuosa, por sus tonos que van en fuga hacia dentro y la magnitud de aquella gran horadación.

Es un poco difícil esta última expedición, pues las cabalgaduras no pueden prestar aquí sus servicios, debido á las pendientes y accidentes del terreno; de manera que hay que hacer el camino á pié.

El regreso, que es todo de subida, es bastante fatigoso, pero eso no obstante, las Señoras y Señoritas, que llegaron de Taxco con los Sres. Estrada y que forman sus respectivas familias, nos admiraron por su agilidad y destreza para hacer este camino, tanto de bajada como de subida.

Ya pardeando la tarde, cuando la noche comienza con sus gasas grises á palidecer la luz, regresamos muy contentos y satisfechos al lugar de nuestro alojamiento, para cenar allí, y descansar hasta el día siguiente, que muy de madrugada, nos orquetamos sobre los jacos y la emprendimos para Puente de Ixtla á donde llegamos, más ó menos, á las 9 h. 30 m. a. m. para tomar el tren que nos condujo á esta Capital llegando á las 6.30 p. m.

Aquí se terminó la expedición y cada cual se distribuyó á su casa para referir sus impresiones.

Ved ahora cómo es impresionado un geólogo y cómo describe su camino y su visita á la gruta.

Desde la Estación del F. C. Central hasta el comienzo del ascenso del Ajusco, tuvimos ocasión de observar los terrenos sedimentarios, dominan-

tes en el "Valle de México;" después las muy notables corrientes basálticas del Xitli; un poco más arriba, los productos emitidos por algunos conos volcánicos, tales como el Ajusco, el Pelado, y otros que son atravesados, por sus faldas, hasta comenzar el descenso al Valle de Cuernavaca y que presentan estos mismos motivos de emisiones que no se interrumpen sino muy cerca de la población. Al terminar casi el descenso, los basaltos se manifiestan cubiertos por depósitos del Cuaternario.

Continuando el descenso hacia Puente de Ixtla, distinguimos extensas planicies con algunos crestones de basaltos cubiertos, en parte, ya por tobas ó por materiales de acarreo, y en las cercanías de las haciendas de S. Vicente y Chiconcuac, las canteras de mármol que, según personas de la localidad, se encuentra en tonos de colores hermosísimos.

Al salir de Puente de Ixtla, se pasa el río de Chalma; después, por un extenso lomerío que denominan "Llanos de los Guarines" y "Estancia de Michapa," constituídos por conglomerados pleistocénicos y depósitos de aluvión, que se extienden, hasta muy cerca de Cacahuamilpa, en donde dominan las calizas y las pizarras arcillosas; estas últimas en el camino que conduce del pueblo á la gruta y en la barranca de Limotitla.

En las calizas dominan algunos fósiles característicos de su formación (Cretácico media) pero nosotros no tuvimos tiempo de recogerlos.

La gruta nos presenta un fenómeno digno de un estudio, muy detenido, pues nos enseña, de una manera patente, cómo ha sido formada esta gran cavidad, demostrando los grandes esfuerzos de compresión y de contracción á consecuencia de los cuales se ha agrietado el terreno para después dar paso á las aguas meteóricas cargadas de ácido carbónico, que han producido, durante muchos años, el ensanchamiento, lento y continuado, para después, por las marcadas diaclasas, que hoy se observan, dar también paso á las soluciones calcáreas que han dado origen, por el depósito de carbonato de cal, á las estalactitas y estalagmitas que constituyen, en los variados salones, todos los caprichos que la naturaleza ha formado allí, para ser contemplados y admirados por los turistas.

El poco tiempo, que empleamos en esta visita, nos impidió formarnos una idea cabal de todo cuanto, geológicamente hablando, llamaría la atención para un estudio detallado; y conveniente sería que, ya que la Sociedad Geológica cuenta con elementos para hacerlo, nombrase una comisión que se ocupara de practicar un levantamiento, con el objeto de determinar la forma, extensión y la relación que pudiera tener la gruta con los ríos subterráneos de S. Jerónimo y Chontalcoatlán, que aparecen en el lugar llamado "Las Bocas."

Las impresiones que, por lo bello, como atractivo del espíritu, nos ha producido la visita á la gruta y las que, también ha dejado en el orden científico de la Geología, quedan deficientemente consignadas, en esta humilde descripción, y damos las gracias al Sr. Presidente de la Sociedad Geológica Mexicana, Ing. Juan D. Villarello, por habernos honrado comisionándonos para este trabajo.

El Sr. Luis G. Becerril tomó, además, unos apuntes en acuarela que quizá en otra ocasión podamos publicar.

El personal de la expedición se formó de los Señores:

Prof. Juan S. Agraz.
Lic. Rafael de Alba.
Ing. Manuel Balarezo.
Sr. Carlos Baz y Dresch.
Sr. Julio Baz y Dresch.
Sr. Luis G. Becerril.
Sr. Carlos Deuchler.
Ing. Teodoro Flores.
Ing. L. Fourton.
Sr. Carlos Iglesias.
Ing. Pascual Ortiz Rubio.
Ing. Pablo Salinas y Delgado.
Sr. Mariano Soto.
Srita. Juana Van Couver.

México, Enero 15 de 1910.

MANUEL BALAREZO.

LUIS G. BECERRIL.